

Rosa PARDO SANZ:

La política española hacia el mundo árabe, 1957-1969

En 1957, el nuevo Ministro de Asuntos Exteriores, Fernando M^a Castiella, heredó una política árabe consolidada por su antecesor Martín Artajo. Una diplomacia de sustitución que había permitido a un régimen apestado políticamente en Europa occidental una mínima actividad internacional y también la obtención de votos en la ONU para levantar la condena de 1946 y conseguir el ingreso en organismos internacionales. El eje de esta política había sido una posición proárabe en la cuestión palestina desde 1949 y el no reconocimiento del estado de Israel, aunque se tratara de separar la cuestión judía de la sionista y se mantuviera la tradición de proteger a las comunidades sefardíes¹. Además, en 1957 Castiella podía contar con la desaparición de un obstáculo relevante para profundizar en esta política de amistad: la independencia de Marruecos, que eliminaba la presión antifranquista de los nacionalistas magrebíes en la Liga Árabe, su principal plataforma de reivindicación.

A partir de estas premisas Castiella encajó la acción diplomática hacia el mundo árabe en su programa de política exterior. Porque, a diferencia de Artajo, fiel cumplidor de las directrices de Franco, él sí tenía un proyecto diplomático definido, claramente pro-europeo y occidental². En su diseño, la amistad árabe ofrecía indudables atractivos. Por una parte, se trataba de un bloque de países dispuesto a acoger con simpatía las peticiones diplomáticas españolas en Naciones Unidas; por otra parte, servía para realzar el potencial diplomático español como puente de comunicación entre el mundo occidental y el árabe y entre éste e Hispanoamérica. En consecuencia, el beneficio que se hubiera podido extraer de normalizar las relaciones con Israel ante los países occidentales no compensaba.

La prudencia marcó sus pasos iniciales. Hasta 1963 intentó que ni la indecisa política de descolonización española, ni la tensión con Marruecos ni la posición de moderado apoyo a Francia en Argelia dañase la amistad hispano-árabe. A partir de esa fecha, aprovechando un periodo de distensión temporal con Marruecos, se diseñó una política de equilibrio en el Magreb (con apoyos en Argelia y Mauritania) para contener el asunto de Sáhara, mientras se procuraba superar la retórica y dotar de contenidos (culturales y económicos) a las relaciones con el mundo árabe. La última fase, desde 1967, coincidió con la etapa más nacionalista de la política de Castiella y, al tiempo, con la resaca de la crisis árabe-israelí de 1967. Desde Asuntos Exteriores se buscó acelerar la descolonización (Guinea, Ifni, Sáhara) y una política regional más independiente y proárabe, eficaz para el tema de Gibraltar. Hasta octubre de 1969, fecha de su relevo en el Ministerio, los resultados de su política árabe fueron satisfactorios en el terreno político, pero más modestos en otros ámbitos, y del todo ineficaces para solventar el dossier saharauí.

Occidentalizar la política árabe

¹ ALGORA, M^a Dolores: *Relaciones hispano-árabes durante el régimen de Franco: la ruptura del aislamiento internacional (1946-1950)*, Madrid, MAE, 1995.

² PARDO, Rosa: "Fernando M^a Castiella: una larga travesía hacia el liberalismo" en AVILÉS, Juan (Coord.), *Historia, política y cultura (Homenaje a Javier Tusell)*. Madrid, UNED, 2008, pp. 393-427.

En febrero de 1957, cuando Fernando M^a Castiella asumió el Ministerio, apostó por una política exterior prooccidental que permitiera restañar las relaciones con los principales países europeos; mejorar el vínculo establecido con EEUU en 1953 hasta la oportunidad de renegociar en 1963; intentar una integración temprana en la OTAN o algún sucedáneo a través de un Pacto defensivo mediterráneo, al estilo de otros acuerdos regionales (CENTO, ASEAN...) con EEUU como eje; afrontar el proceso de descolonización para evitar una nueva condena internacional y modernizar las políticas de sustitución hacia Hispanoamérica y los países árabes, algo menos relevantes para España desde la firma de los acuerdos de 1953. Para lograrlo, Castiella se rodeó de un equipo de colaboradores competentes, encabezado por Ramón Sedó. Dos jóvenes diplomáticos, Eduardo Ibáñez y García de Velasco (hasta 1964) y Gabriel Mañueco de Lecea (hasta 1969), se encargaron de coordinar la política árabe y de descolonización.

El obstáculo a su libertad de movimiento fue Presidencia de Gobierno y tuvo que ver con la oposición de Luis Carrero Blanco y su equipo (secundado por Franco casi hasta el final) a acelerar el proceso de descolonización y a poner en riesgo el vínculo con EEUU. Por su parte, Franco siguió muy de cerca la evolución del Magreb y Oriente Medio, tema por el que siempre se interesó, por razones sentimentales, convencido de su competencia en los asuntos vinculados al mundo árabe tras su experiencia marroquí. Lo mismo ocurría con otros destacados militares “africanistas” como Agustín Muñoz Grandes, igual de sensible a las protestas de los embajadores árabes en Madrid e intermediario en las relaciones con Marruecos³.

En principio, por lo que se refiere al Magreb, resultaba fundamental tratar de mantener buenas relaciones de vecindad con el nuevo reino de Marruecos y actuar con prudencia en el conflicto de Argelia. Así que Castiella hizo suya la política de cooperación con Rabat que el gobierno español había planteado desde 1956, tratando de emular la política neocolonialista francesa. De hecho en 1957 se firmaron algunos tratados importantes para su puesta en marcha: cooperación diplomática, económica, cultural, etc.. Además la posición de Exteriores era de plena disposición a ceder la Zona Sur del Protectorado (Tarfaya) y negociar una pronta retirada militar española, pese a las reticencias de Presidencia⁴. A cambio se esperaba que Marruecos controlase el Ejército de Liberación, definiera sus fronteras (frontera sur en el Draa, paralelo 27° 40') y reconociera a España cierta preferencia en la economía del nuevo estado. A medio plazo, se pensaba envolver los posibles problemas políticos con una vasta red de intereses económicos que asegurara la colaboración marroquí. Lo que décadas después se llamó el “colchón de intereses compartidos” ya se había previsto años atrás. Se vislumbró incluso la posibilidad de una política de cooperación regional que pudiera incluir a Argelia, Marruecos, Mauritania, Mali, Francia y España.

Con respecto al grueso de la política árabe, Castiella estimó necesario abandonar el tono antioccidental que había tenido la política árabe en los años cincuenta. La francofobia y anglofobia de militares y falangistas, permitida y a veces alentada desde El Pardo, estaba en la raíz del apoyo al nacionalismo argelino y marroquí en la zona francesa del

³ ALGORA, M.D.: *op.cit.* pp.285-299 y “Muñoz Grandes, Alto Estado Mayor a Castiella, 1-3-60” en Archivo Castiella (AC), Real Academia de la Historia, Madrid, 922/4.

⁴ En Presidencia se consideraba territorio de soberanía española no sólo Sáhara e Ifni, sino también Tarfaya. Castiella tuvo que realizar una paciente labor pedagógica en Consejo de Ministros para convencer al gobierno de que su devolución era irremediable: testimonio del embajador Eduardo Ibáñez (2006) a la autora.

Protectorado hasta 1956, la venta de armas a Nasser y la campaña de prensa proegipcia desde la nacionalización del canal y a lo largo de la crisis de Suez de 1956. Esta orientación, aparte de enturbiar las relaciones con Londres y París, no había rendido ningún fruto apreciable, más bien al contrario, como se vio en la desmañada independencia de Marruecos y en el fallido intento de mediación en la Conferencia de paz de Londres en 1956, tras la Crisis de Suez, que dejó en evidencia la escasa capacidad de maniobra del gobierno español y su nimio peso diplomático⁵.

Por otra parte, desde 1957-8 se iba a agudizar la división en la Liga Árabe entre monarquías prooccidentales (Arabia Saudí, Libia, Jordania o Irán) y regímenes revolucionarios en la estela del socialismo nasserista panarabista. En consecuencia, se impuso una cierta cautela para no perder a ningún grupo. Además, la España de Franco no se podía permitir entonces la más mínima ambigüedad en su anticomunismo, básico en su relación con EEUU, y tenía que evitar “intimidaciones” con un nasserismo neutralista que coqueteaba con la URSS y suscitaba la radical oposición de las monarquías árabes amigas. Por eso, Castiella no hizo nada para apresurar el viaje oficial de Nasser a España proyectado desde 1955, a pesar de que Franco no le juzgaba un comunista, sino un nacionalista que trataba de explotar las bazas a su disposición, en este caso la ayuda soviética, a cambio de una posición de neutralidad⁶.

Otros dos elementos resultaron decisivos para la occidentalización de la política árabe: primero, el creciente temor de Franco y Carrero Blanco a una penetración soviética en Oriente Medio y el Mediterráneo a través de los nuevos regímenes radicales y populistas árabes. Desde Madrid, se incrementó la percepción de amenaza desde el sur, con la guerra de Argelia como fuente de subversión si Francia tenía que salir. Se impuso el miedo a que la inestabilidad en Marruecos fuera aprovechada por el comunismo y a que el avance del nuevo socialismo árabe diera nuevas alas al nacionalismo marroquí, sobre todo tras la conferencia de Tánger entre el Istiqlal, el Neo-Destur y el FLN (Frente de Liberación Nacional) argelino de mayo de 1958. Para Franco, sólo la presencia de España, EEUU y Francia en la zona, más un Marruecos estable, podrían actuar como valedores anticomunistas. Así en la tensión interna marroquí entre la posición más neutralista/nasserista de una parte de los partidos políticos y la de la monarquía, más prooccidental y partidaria de colaborar con EEUU y Francia, la cúpula del Franquismo siempre estuvo con la monarquía alauita y deseó que ésta tuviera un carácter conservador y tradicional⁷.

⁵ Cif. YBARRA, M^a Concepción: *España y la descolonización del Magreb. Rivalidad hispano-francesa en Marruecos, 1951-1961*. Madrid, UNED, 1998 y GONZÁLEZ GARCÍA, Isidro: “La mediación española en el conflicto árabe-israelí en 1955-1956” en *La Historia de las Relaciones Internacionales: una visión desde España*. Madrid, CEHRI, 1996, pp. 401-415; “Areilza a Artajo, 11 y 15/2 de 1957” en Archivo de Presidencia de Gobierno (Jefatura de Estado) APG.JE 24/2.1. Aún se permitió una reunión de nacionalistas magrebíes en Madrid en junio de 1957.

⁶ Vid. FRANCO SALGADO-ARAUJO, Francisco, *Mis conversaciones secretas con Franco*, Barcelona, Planeta, 2005, p.299; “Castaño a Castiella, 7/2/57”, en APG.JE, 24/2; APG.CM O.39; AMAE (Madrid), R-12006/7. Castiella se sentía aliviado de que Nasser no pudiera viajar a España en 1958: “Ambassador’s Briefing Book for Paris Meeting, may 1958” en National Archives & Records Administration (NARA), RG 59, Lot Files Box 2.

⁷ Por poner un ejemplo: “M.Aznar a Castiella, 16-4-63” en AC 2055/1. Siempre hubo un lobby promarroquí dentro del Régimen en el que se incluían diplomáticos, como J.M^a Areilza, y también Ministros como José Solís, durante años administrador de las propiedades de la familia real marroquí en España. La influencia de intereses económicos particulares de influyentes personalidades del Régimen en la posición favorable a

El segundo factor que impulsó la occidentalización de la política árabe fue el irredentismo marroquí que llevó a la guerra de Ifni (1957-8) e hizo añicos la buena disposición inicial hacia Marruecos. Era lógico que el nuevo estado deseara liquidar los últimos vestigios coloniales: zanjar la presencia de tropas extranjeras (españolas, francesas y norteamericanas) y recuperar todo territorio arrancado en abusivos tratados colonialistas. La complicación llegó cuando la monarquía alauita hizo suya la reivindicación del “Gran Marruecos” (definido años antes por el Istiqlal), que abarcaba zonas donde las autoridades marroquíes habían tenido en algún momento histórico influencia político-religiosa, aunque no necesariamente hubieran ejercido su soberanía política: Ceuta, Melilla, los peñones de Vélez de la Gomera, Alhucemas y las islas Chafarinas, Ifni, el Sáhara español y parte del argelino, Mauritania, el noroeste de Mali y San Luis de Senegal⁸. El ataque de las bandas armadas del Ejército de Liberación Marroquí en Ifni y Sáhara a lo largo del otoño de 1957 desembocó en un conflicto, muy mal gestionado desde Presidencia de Gobierno, que se intentó minimizar y silenciar para no dañar la imagen de España ante EEUU y, sobre todo, la amistad árabe. No se tomaron medidas para prevenir la agresión, no se enviaron las tropas coloniales acuarteladas en el Marruecos independiente, no se aceptó inicialmente el apoyo militar de Francia, tampoco se usó el material norteamericano adquirido a través de los acuerdos de 1953, ni se enviaron refuerzos y equipo desde Canarias y la península hasta que no se había perdido la mayor parte del territorio de Ifni. La irritación de los militares españoles fue enorme por la imprevisión, el desorden de logística militar, la falta de material moderno y, sobre todo, los 200 muertos nacionales del conflicto. Su consecuencia directa fue el acercamiento hispano-francés. Se acometieron operaciones militares conjuntas que zanjaron la actividad del Ejército de Liberación y se procuró que la posición española sobre el tema argelino en la ONU fuera benévola con Francia. A su vez, el gobierno de París invitó a participar en la explotación económica del Sáhara mauritano/argelino (proyecto MIFERMA), oferta que no se aceptó porque las contrapartidas resultaban insatisfactorias para los intereses españoles⁹. En el fondo, la histórica rivalidad de ambos países en la búsqueda de espacios de influencia en la región seguía latente y volvió a manifestarse en cuanto Francia se desembarazó del problema argelino¹⁰.

Marruecos del Franquismo ha sido apuntada por Juan José Rovira (“Franco y la Política Exterior” en VVAA: *El legado de Franco*. Madrid, Fundación N. Francisco Franco, 1992, p.459) y está pendiente de verificación historiográfica.

⁸ Mohamed V hizo explícito este giro (evidente desde octubre de 1957) en su discurso de M’hammid, en marzo de 1958: Vid. HERNANDO DE LARRAMENDI, Miguel: *La política exterior de Marruecos*. Madrid, Maphre, 1997, pp. 124-131 y F.VILAR: *El proceso de autodeterminación del Sáhara*. Valencia, Valencia, F.Torres, 1982, pp. 48-54.

⁹ “Ifni: relaciones hispano-marroquíes desde la independencia”, 9-5-67 en AC 3313/7; DIEGO AGUIRRE, J.R.: *Historia del Sáhara. La verdad de una traición*. Madrid, 1988, pp. 298-404 y *Guerra en el Sáhara*. Madrid, 1991, pp.327-404; BELLES, J.: *Cabo Jubi-58. Memorias de un teniente de infantería en la Campaña Ifni-Sáhara*. Madrid, 1990; SEGURA, G.: *Ifni: La guerra que silenció Franco*. Madrid, 2006; SANTAMARÍA, R.: *Ifni-Sáhara. La guerra ignorada*. Madrid, 1984, pp.25-40; CASAS DE LA VEGA, R.: *La última guerra de África (Campaña de Ifni-Sáhara)*. Madrid, 1985. Sobre MIFERMA, los informes contenidos en AC 995/1 y 1021/2 (mayo-junio de 1960), así como “J.M. Areilza a Castiella, 7-3-63” en AC 2007/3: el entonces embajador en París era favorable a participación española en la empresa francesa.

¹⁰ Para los diplomáticos franquistas en la región los intereses de los dos países siguieron enfrentados desde 1962: la distensión entre Marruecos, Argelia y Mauritania, con implicaciones directas en el tema Sáhara, beneficiaba los planes franceses de influencia regional (institucionalizar la cooperación económica de los tres estados y Túnez con Francia, crear un organismo de explotación económica conjunta de Sáhara, ejercer de

Para las relaciones hispano-marroquíes el conflicto fue nefasto. Se percibió como la ruptura unilateral por parte de Marruecos del marco aceptado en abril de 1956 y fijó unas imágenes muy negativas del “otro” en el lado español: sembró la desconfianza hacia la parte marroquí, a la que se percibió desde entonces, como informal, “marrullera” y poco cumplidora de compromisos internacionales. Franco se desprendió de su guardia mora, todo un símbolo. Hasta los embajadores mejor dispuestos hacia Marruecos (como Manuel Aznar entre 1963-4) terminaron por desechar las estrategias de apaciguamiento, igual que Castiella. El contraste entre la mentalidad negociadora aplicada a ambos lados del Estrecho se expresa en la frase de un diplomático español: “la experiencia demuestra que con los marroquíes las situaciones de hecho han sido siempre más viables que aquéllas que se han intentado asegurar con documentos jurídicos, a los que Marruecos no da siempre el mismo valor que nuestro país”¹¹. El gobierno español se atuvo en esos años a los usos diplomáticos clásicos y desconfió de la diplomacia personal, tan querida sobre todo por Hassan II, quien siempre buscó en una relación directa con Franco el modo más rápido de resolver contenciosos.

En consecuencia, desde 1958 la parte española se atrincheró. Consideró cumplidos los tratados bilaterales tras la cesión de Tarfaya en 1958 (Tratado de Sintra) y optó por establecer “líneas de defensa diplomática”. Se podía ceder en temas económicos, pero no en cuestiones de soberanía (Ifni y Sáhara habían sido convertidas en provincias en enero de 1958) para evitar que Marruecos planteara nuevas exigencias. Se sabía que Ifni podía ser reclamado por Rabat como fruto de un tratado de la época colonialista (aunque no hubiera formado parte del Protectorado), pero en Sáhara no se reconocía ningún derecho a Marruecos. Además, este último territorio se juzgaba esencial para la defensa de Canarias y posible fuente de beneficios por su riqueza mineral: España ofreció a Marruecos lo mismo que Marruecos a España, participación en la explotación económica de los recursos saharauis, pero nunca soberanía. No obstante, la decisión de mantener ligados los expedientes de Ifni y Sáhara hasta 1967-8 terminó por beneficiar a Marruecos.

De momento, en 1958 se postergó la reivindicación más apremiante de Marruecos (retirada de tropas) en busca de compensaciones en los problemas de vecindad (pesca, tranquilidad para Ceuta y Melilla, etc.). La respuesta marroquí fue congelar las relaciones bilaterales: impedir la liquidación de los problemas pendientes y el desarrollo de los convenios y acuerdos firmados, lo que retardó durante años la normalización de las relaciones. Imitando la política española en Gibraltar, se opusieron a desglosar asuntos para intentar tratarlos en bloque con lo que llamaban el “contencioso hispano-marroquí” (retirada de tropas y devolución de territorios), a poder ser en una reunión en la cumbre. En consecuencia, durante años quedaron pendientes temas tan importantes como: la pesca, el clearing comercial, el pago de las deudas marroquíes, la enseñanza del castellano, las dificultades en el abastecimiento de agua de Ceuta y en el tránsito comercial y laboral por las fronteras de esta ciudad y de Melilla, etc.. Entretanto empresas e inversiones españolas en Marruecos, así como la colonia española y sus propiedades quedaron bastante

portavoz del Magreb en el Mercado Común) y era incompatible con la presencia española allá. De hecho Francia apoyó abiertamente desde 1965 una división de Sáhara entre Marruecos y Mauritania.

¹¹ “Nota de la Dirección de AA. Políticos de África, 3-12-1965” en AC 2931/8. Otros ejemplos: “Nota informativa sobre las relaciones hispano-marroquíes, 2-11-1961” en AC 1507/3 y “Castillo a Castiella, 19-4-62” en AC 1703/2 y “Embassy to D.Rusk, 27-11-61” en NARA RG 59 DF 611.52/11-2761, sobre la irritación de Castiella por la “mala fe” diplomática marroquí hacia España.

desamparadas al no desarrollarse, no firmarse o no cumplirse convenios como el consular, laboral, cultural, de asistencia judicial, extradición, etc. No es de extrañar que los españoles (no militares) en Marruecos pasaran de unos 200.000 en 1957 a sólo 140.000 en 1961¹².

El clima de desconfianza e inmovilismo se prolongó hasta el otoño de 1962, con altibajos y picos de tensión. En octubre de 1958 Marruecos denunció una supuesta intervención española en la rebelión del Rif. En el verano de 1959 se paralizó la labor de una Comisión Mixta creada meses antes para suavizar las relaciones cuando, a raíz de la ley de Hidrocarburos española, Marruecos reclamó oficialmente Sáhara. Hasta agosto de 1961 el caballo de batalla fue la resistencia española (de Presidencia de Gobierno) a completar la evacuación de tropas, contestada con nuevos requerimientos de Marruecos en la ONU, que incluyeron Ceuta y Melilla desde fines 1960, coincidiendo con la independencia de Mauritania, no reconocida por Rabat. Las nuevas reuniones de la Comisión Mixta en 1961 (primera oferta marroquí de un gran acuerdo bilateral) volvieron a diluirse con el secuestro de técnicos petrolíferos norteamericanos en Sáhara. El deterioro de las relaciones culminó en el verano de 1962, con incidentes en la frontera de Ceuta, más la extensión unilateral del mar territorial marroquí de 6 a 12 millas, primeras detenciones de barcos por parte de Marruecos y un disuasorio despliegue naval español frente a la costa marroquí. Rabat no se preocupó de distender las relaciones hasta que la independencia de Argelia fue inminente¹³.

Hay que señalar que, desde el conflicto de Ifni, hubo un tercer actor en la relación hispano-marroquí: EEUU. Sus gobiernos siempre actuaron como apaciguadores y mediadores, presionando a ambas partes para evitar enfrentamientos generadores de inestabilidad (de hecho el último capítulo ha sido la crisis de Perejil). A su vez, Marruecos y España trataron de usar la influencia norteamericana a su favor y quedaron casi siempre insatisfechos por la actitud norteamericana. La suspicacia española se manifestó cada vez que se produjo una entrega de material militar norteamericano a Marruecos, sobre todo después de Ifni. Washington siempre recomendó benevolencia hacia Marruecos, pero en Madrid no se entendía que resultase más rentable una actitud “casquivana” (Marruecos compró armas a la URSS) que la incondicional lealtad anticomunista española¹⁴.

Con respecto a la política argelina, desde Madrid se buscó un cierto equilibrio. La mínima colaboración necesaria con Francia (abstención o voto a favor muy matizado en la ONU), sin cortar las relaciones que se venían manteniendo con el nacionalismo argelino desde 1956: el cierre de la oficina del FLN en Madrid fue temporal, sólo mientras duraron las operaciones militares en Ifni-Sáhara y siguió el contrabando de armas. Aparte de las simpatías que suscitaba el nacionalismo argelino entre falangistas y militares (Franco sentía cierta estima por Ben Bella, como por el vietnamita Ho Chi Minh), estaba el resentimiento por el apoyo francés a los exiliados republicanos y, en general, por las escasas

¹² En 1971 sólo quedaban unos 43.498 españoles en Marruecos: 8.082 en el antiguo Protectorado Español, 26.668 en el francés y 9.295 en Tánger. Vid. GONZÁLEZ PÉREZ, V.: “Descolonización y migraciones desde el África española 1956-1975” en *Investigaciones Geográficas* (Alicante) nº 12 (1994), pp.65-84.

¹³ R.PARDO: “Una relación envenenada, España y Marruecos” en MATEOS, Abdón y HERRERÍN, Angel (Eds.), *La España del Presente: de la Dictadura a la Democracia*. (UNED-CIHDE), nº 3, Madrid, 2006, pp. 199-222 y F.VILAR: *op.cit.* pp. 55 y ss.

¹⁴ Vid R.PARDO: “La política norteamericana de Castiella” en OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R. (Eds.): *Entre la Historia y la Memoria. Fernando María Castiella y la Política Exterior de España, 1957-1969*. Madrid. Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 2007. pp. 309-381; “Castiella a Alcover, 27-1-60” en AC 877/14 e “Informe de la Dirección General, 21-2-61” en AC 1259/1. Un ejemplo de la visión norteamericana: “Operations plan for Spain, 19-10-60” en NARA, RG 59, Lot Files 56-66 Box 5.

contrapartidas político-diplomáticas de Francia a los gestos españoles. Además, en el MAE se consideraba positivo no cortar los vínculos con quienes podían ser futuros líderes argelinos (Ferhat Abbas), dada la irreversibilidad del proceso de descolonización, apoyado por EEUU, los países árabes y, finalmente, por el propio De Gaulle. Las contradicciones aumentaron cuando los líderes de los *pieds-noirs* obtuvieron refugio en España. En la asonada de abril de 1961, los dirigentes de la OAS (Organisation de l'Armée Secrète) lograron llegar a Argel burlando la vigilancia policial española merced al apoyo de alguna personalidad del Régimen (Ramón Serrano Súñer y escalones inferiores del Ministerio del Aire), aunque cabe la duda de si esta complicidad contaba con el beneplácito de Franco. El MAE se tuvo que emplear para contener las recriminaciones árabes por la supuesta complicidad española en el alzamiento de Argel; aunque el descalabro de la OAS sirvió a Castiella para recalcar ante Franco que las opciones colonialistas estaban destinadas al fracaso. Antes de la independencia argelina los miembros de la OAS fueron expulsados de España como contrapartida del mayor control francés sobre las actividades políticas de los republicanos españoles. También hubo que velar por la repatriación de la numerosa colonia española en Argelia, en torno a 60.000 (más los nacionalizados franceses), de los cuales algunos volvieron a Francia pero la mayoría se asentaron en Madrid, San Sebastián y, sobre todo, Alicante¹⁵.

Por lo que se refiere al resto de la política árabe, en Oriente Medio no hubo grandes cambios. La clave siguió siendo no modificar la posición en el tema de Israel (evitando cualquier acercamiento diplomático a este país que pudiera suscitar la reacción árabe) y mucha retórica cultural. En el asunto de Jerusalén Castiella se atuvo al criterio de Franco, favorable a la internacionalización de la ciudad y al mantenimiento de las históricas responsabilidades españolas de proteger los conventos franciscanos custodios de los Santos Lugares (privilegio papal desde el siglo XVIII) a través del consulado en Jerusalén. El *Generalísimo*, que se consideraba experto en temas árabes, siempre estimó imposible una frontera común árabe-israelí. La solución que planteaba era separar ambos pueblos por una zona desmilitarizada bajo autoridad de la ONU (Jordán, Jerusalén y franja de Gaza) con un régimen parecido al de Tánger; indemnizar a los refugiados palestinos con ayuda de las grandes potencias, más un embalse en el Jordán cuya agua se distribuyera equitativamente bajo inspección internacional¹⁶. En la ONU España siguió apoyando las propuestas árabes a favor de los refugiados palestinos (que no llegaron a ser aprobadas) y, para compensar, prosiguió la protección diplomática a los judíos (en principio sefardíes) en países árabes (desde 1948 una ley les otorgaba la nacionalidad española), más el fomento de los vínculos culturales con esta comunidad, desoyendo las protestas árabes. Algunos ejemplos fueron la exposición sefardí en la Biblioteca Nacional (1959) o la recepción por Franco de una

¹⁵ Vid. AC 704/6, 710/2, 118/1; “Lequerica a Castiella, 27-11-59” en AC 820/2; AC 821/1, 823/1, 827/8 y 1006/13; “Cuyás a Castiella, 14-12-60”, en AC 1181/8; “Circular de Castiella 15-12-60” en 1182/2; AC 1190/2 y 1189/8; “Areilza a Castiella, 29-9-60 y 19-12-60” en AC 1112/1 y 1186/1; AC 1342/3, 1343/4 y 1344/3; “Alcover a Castiella, 26-4-61” en 1344/6; AC 1345/1 y 3; 1345/1 y 2; “Areilza a Castiella 4-5-61” en AC 1350/3; “Castiella a Franco, 3-5-61” en AC 1348/1; “Nota, 5-6-61” en AC 1389/8 y “Ibáñez a Castiella, 7 y 15-7-61” en AC 1409/1 y AC 1417/1; “Viturro a Castiella, 27-12-61” en AC 1578/3; “Informe de la Dirección, 8-3-62” en 1654/4 y AC 1770/2 a 4 (sobre la repatriación); “Castiella a Franco, 20-8-62” en AC 1800/42; SEGURA VALERO, G.: *A la sombra de Franco. El refugio español de los activistas franceses de la OAS* Barcelona, Ediciones B, 2004; OTERO, M.: *L'Algérie dans les relations franco-espagnoles 1954-1964*. Mémoire DEA, Institut D'Études Politiques Paris, 1996; DARD, Olivier: *Voyage au Coeur de l'OAS* Perrin, 2005, pp.269-271.

¹⁶ “Castiella a Lequerica, 1-3-57” en AC 333/1; “Santa Cruz a Castiella, 23-10-57” en AC 13/8.

destacada delegación judía (condecoró a uno de sus miembros, el gran rabino británico Salomón Gaón) y la creación del Instituto de Estudios Sefardíes en 1961¹⁷.

En 1957 las relaciones políticas bilaterales con Egipto, Siria, Jordania, Irak, Arabia Saudí y Libia ya estaban consolidadas, con el intercambio de visitas oficiales como actividad estelar: ese año viajaron a España Feisal de Irak y Saud de Arabia y en 1958 Hussein de Jordania. Se habían firmado tratados culturales y de amistad, además de fundar en Madrid el Instituto Hispano-Árabe de Cultura en 1954 y sus primeros filiales en la región, aunque sus actividades eran nimias. También había acuerdos económicos o estaba prevista su firma (con RAU en 1960 y con Túnez en 1961) para permitir modestas exportaciones de productos manufacturados españoles contra materias primas: algodón egipcio y petróleo de Irak y Arabia Saudí, sobre todo¹⁸.

El interés de Castiella por impulsar este eje complementario de la diplomacia española se evidenció desde mediados de 1958. A pesar de que la reacción árabe ante el conflicto de Ifni había sido muy moderada (por parte de Egipto y Siria, sobre todo), con la excepción de Túnez, había que contrarrestar la repercusión negativa que podía tener en adelante una relación conflictiva con Marruecos. En palabras del embajador en Túnez: “Cuanto peor se porte el Gobierno de Rabat y su propaganda, con más cuidado debemos tratar nuestras relaciones con los países árabes a fin de que “las cosas” de Marruecos aparezcan como “exageraciones” de ello, y por qué no decirlo también, indignas del agradecimiento debido a la actitud que España y el Generalísimo supieron mantener hacia ellos en momentos muy difíciles”¹⁹. También había que neutralizar la imagen negativa que se derivaba de la actitud profrancesa en el asunto de Argelia y de la línea antidescolonizadora impuesta por Presidencia de Gobierno: alineamiento con Portugal en Naciones Unidas y política de provincialización. Por otra parte, a partir de la intervención angloamericana en Líbano y Jordania (julio de 1958), se percibió que la alianza con EEUU podía ocasionar perjuicios en la relación con los países árabes. Desde entonces hubo que trabajar para que el progresivo deterioro de la imagen de EEUU en la región, por su compromiso con Israel, no afectase a la de su aliado español²⁰.

Así pues, en el verano de 1958, Castiella efectuó los primeros cambios significativos en el personal de las embajadas, se planteó la necesaria renovación de la diplomacia cultural hacia el mundo árabe y, en cuanto la relación de Nasser con EEUU se distendió un poco, preparó la que fue su primera visita oficial por Oriente Medio (RAU más Líbano) en enero

¹⁷ “Circulares de Castiella, 12-2-59 y enero de 1960” en AC 516/5 y AC 851/5; también “Informe, 4-4-59” en AC 589/34; “Castiella a Piniés 17-4-61” en AC 1333/12 y AC 1357/9; REIN, R.: *Franco, Israel y los judíos* Madrid, CSIC, 1996, pp.278 y ss.; LISBONA, J.A.: *España-Israel. Historia de unas relaciones secretas*. Madrid, Temas de Hoy, 2002, pp.97-122; GONZÁLEZ GARCÍA, I.: *Relaciones España-Israel y el conflicto del Oriente Medio*. Madrid, Biblioteca Nueva 2001 y D.ALGORA: “La cuestión palestina en el Régimen de Franco” en I.ÁLVAREZ-OSSORIO y BARREÑADA, I. (Coords.): *España y la cuestión palestina*. Madrid, Catarata, 2003, pp.19-49.

¹⁸ ALGORA, M.D.: *Relaciones.. op .cit.*, pp.227-248 y GILLESPIE, Richard: *Spain and the Mediterranean. Developing a European policy towards the south* London, Macmillan, 2000, pp. 24 y 28. Las cifras del comercio bilateral entre España y los países árabes entre 1957-1969 en el Fondo documental del Instituto Nacional de Estadística (Anuarios del Comercio Exterior de España) en <http://www.ine.es>.

¹⁹ “J.J.Pradera a Castiella, 5-4-61” en AC 1336/15.

²⁰ En aquella crisis, alrededor de un millar de aviones estadounidenses sobrevolaron España en 24 horas y repostaron en bases españolas. España fue el único país que se ofreció inmediatamente a dar facilidades de tránsito y abastecimiento a los aviones de transporte que se dirigían al Mediterráneo Oriental: los otros aliados mediterráneos de la OTAN tardaron uno o dos días en responder: “Country Scope Spain diciembre 1959”, en NARA RG59 Lot Files 6 y AC 304/2 y 4, AC 309/5, AC 311/28 y AC 3626/1 (21-9-68).

de 1959 (la segunda fue a Arabia Saudí en 1962), que incluyó una reunión con los embajadores españoles del área. Las consignas del Ministro fueron facilitar las relaciones económicas y políticas, suplirlas con las culturales si era necesario, además de intentar que las embajadas españolas contasen socialmente²¹.

En el ámbito comercial el principal obstáculo era la debilidad económica española, en unos mercados que otros países europeos llevaban décadas explotando; sin olvidar los problemas derivados del intervencionismo y el proteccionismo desplegado por ambas partes: falta de convertibilidad de las monedas, sistemas de clearing y contingentes comerciales, etc.. Los avances en política cultural fueron modestos. El envío del arabista Emilio García Gómez no resultó tan fructífero como se esperaba por la situación política en Irak tras el golpe de estado de Qasem, que acabó con la monarquía hachemita y con la recién estrenada federación con Jordania. En general, España no podía competir, ni de lejos, con la oferta cultural, de becas, créditos o ayuda técnica, brindada por Gran Bretaña, Francia y EEUU, ni siquiera con la de Alemania (RFA) o Italia²².

En el ámbito político, desde 1959, se trató de potenciar el papel de España como enlace entre los países árabes y Occidente, para el que España tenía indudables condiciones: pocos intereses económicos, ningún prejuicio democrático ni condición de exmetrópoli. Castiella contactó incluso con Grecia, Italia y Turquía en un intento de poner en marcha una política árabe concertada con estos países, cuando aún se hablaba de un Pacto Mediterráneo que nunca fraguó²³. La idea era vender ante EEUU y Europa Occidental que la acción española podía ayudar a promover la estabilidad del área y reforzar la influencia occidental allí o al menos contribuir a mantener a la RAU neutral. En su papel de mediadora o correa de transmisión, la diplomacia española trabajó para la RFA a fin de que los países árabes no reconocieran a la RDA ni enviaran cónsules allí; para Portugal, tratando de suavizar las condenas en el tema colonial; para el Vaticano, en busca de más libertad para las escuelas confesionales. Donde nunca entró fue en los problemas inter-árabes. En estos asuntos la actitud más juiciosa era máxima prudencia y cierta deferencia hacia la posición de El Cairo, eje de todo lo que pasaba entonces en Oriente Medio. Castiella no pudo ir más allá. Nasser sólo hizo una escala técnica en Madrid en septiembre de 1960, de viaje hacia la ONU, con una breve entrevista con Franco. La visita oficial que el líder árabe deseaba fue aplazada por el gobierno español, a pesar de que tanto el embajador en El Cairo como el equipo de Exteriores la consideraban deseable para los objetivos diplomáticos españoles: contrarrestar la política profrancesa sobre Argelia, aprovechar el hecho de que Nasser iba a visitar simultáneamente Marruecos, incluso podía servir de cara a Hispanoamérica, dado que allí

²¹ R.VILLANUEVA: *La primera embajada del profesor García Gómez. II Selección de sus Despachos y cartas al Ministro Castiella de 1958 a 1960*. Madrid, AEI, 1998, p.170 e “Informe de G.Cañadas, 5-2-59” en AC 507/3.

²² García Gómez había protegido a Castiella en su casa de Madrid durante los primeros momentos de la guerra civil *Ibidem* pp. 537-540; DURÁN LORIGA, Juan: *Memorias diplomáticas*. Madrid, 1999 pp. 55-71; “Alcover a Castiella, 7-2-59” en AC 510/9; “Sassot a Castiella, 28-12-61” en AC 1570/6; “Cuyás a Castiella, 31-10-60 y 30-12-60” en AC 1147/9 y AC 1173/4.

²³ Se trataba de un viejo proyecto de principios de los cincuenta, relanzado de forma intermitente desde Madrid y París, según los intereses de cada gobierno. Entre sus posibles finalidades estaban crear un mecanismo para la resolución de los conflictos regionales, tratar de sustraer al Magreb de la influencia nasserista o acercar a España a la OTAN por una vía indirecta. Sin embargo, a la altura de 1960, estos diseños eran percibidos por muchos gobiernos de la zona como un instrumento para internacionalizar y diluir el problema argelino y para contrarrestar el Pacto de Bagdad, fuente de divergencias entre la política francesa y norteamericana en el Mediterráneo.

el conservadurismo retrocedía y podía perfilarse un grupo neutralista promovido desde la Cuba castrista, que se sumaría al afroasiático; por último, como golpe de efecto, España hubiera sido el primer país europeo visitado por Nasser²⁴.

En todo caso, a cambio de la servicial actitud española hacia los países árabes, la postura de éstos fue mucho más comprensiva hacia España que hacia Portugal en la ONU. Es verdad que apoyaron las primeras reclamaciones de Marruecos en la IV Comisión, como no podía ser de otra manera en una causa vinculada a la descolonización. Pero mantuvieron una actitud de espera y paciencia con la política española en Guinea en organismos como la Comisión Económica para África, el ECOSOC, el Comité para la Información sobre Territorios No Autónomos de la ONU (Comité 24) o la IV Comisión²⁵.

Perseverar en una útil amistad

Establecer una cesura en 1963 al estudiar la diplomacia árabe de Castiella puede ser un tanto discutible, porque no responde a un cambio sustancial de política. Sin embargo, la evolución del contexto en que ésta se desarrolló lo justifica sobradamente. Por lo que se refiere a la parte española, desde 1962-3 el Ministro de Exteriores cobró confianza: las relaciones con los principales estados europeos estaban muy normalizadas (se esperaba la respuesta de la Comunidad Europea a la famosa carta de febrero de 1962), al renovar los pactos con EEUU en septiembre de 1963 la posición internacional del Franquismo quedó estabilizada hasta 1968 y, sobre todo, se encauzó el problema colonial al aceptar Presidencia el principio de autodeterminación como salida descolonizadora y aprobar la autonomía de Guinea. Castiella pudo utilizar, además, la imagen de una cierta evolución política del Régimen y una mejora sustancial de la economía. En los años siguientes, con el incipiente clima de distensión internacional, tuvo margen para ejecutar una política exterior más independiente, afrontar la reclamación de Gibraltar en la ONU y diversificar las relaciones exteriores de España con un tímido acercamiento al bloque del Este, los primeros contactos con el África Negra y un discurso desarrollista, de empatía hacia los problemas del Tercer Mundo.

Respecto al mundo árabe, un factor determinante en esta etapa fue la independencia de Argelia: surgió un nuevo vértice del socialismo árabe y del neutralismo, azote de colonialistas, que podía desestabilizar Marruecos, incluso servir de base para grupos antifranquistas republicanos y nacionalistas guineanos, canarios y vascos, allí radicados. En Oriente Medio, la estrella de Nasser ya no brillaba tanto, enfangado en Yemen, enfrentado con Irak y Siria, donde el baasismo forjaba una nueva fórmula socialista contraria a las directrices panárabes egipcias; sin olvidar la inveterada oposición de las monarquías conservadoras: entre 1965-6 Arabia Saudí formulaba una alianza o pacto islámico alternativo al panarabista de Nasser. Y a todos estos elementos, que sumieron a la Liga Árabe en una profunda crisis, se agregaron las acciones perturbadoras de Israel.

En el Magreb, desde el otoño de 1962 comenzó un deshielo en las relaciones hispano-marroquíes, muy vinculado a la tensión política interna de Marruecos y a los inminentes problemas de este país con Argelia. La famosa “escala técnica” de Hassan II en Barajas, en julio de 1963, no fue concluyente (pese a lo que Rabat intentase hacer creer

²⁴ “Alcover a Castiella, 27-2-60 y 4-5-60” en AC 926/1 y AC 994/11; “Informe de la Dirección de Asuntos Políticos de África, 4-5-60” en AC 989/18; sobre el viaje de Nasser AC 1000/3 y AC 1107/1.

²⁵ “Lequerica a Castiella, 11-10-60” en AC 1121/1 y “Alcover a Castiella, 29-3-61” en AC 1310/4.

después) porque la posición de ambas partes era irreconciliable. Marruecos pretendía abrir la gran negociación que cerrase el “contencioso territorial” y dejase asegurado el flanco español mientras tenía lugar la *guerra de las arenas*. España no pensaba aceptar un acuerdo general que implicase la cesión de Ifni y Sáhara, sino apostar por una nueva política de buena vecindad y colaboración bilateral (única oportunidad para mantener contactos e cierta influencia en Marruecos) y congelar las controversias territoriales dejando que siguieran su curso en la IV Comisión de la ONU, a poder ser, sin prisa, para poder contener con más facilidad las reclamaciones de Marruecos y, en teoría, también de Mauritania desde 1963. En un principio, este país se declaró parte del conflicto sólo para frenar las aspiraciones marroquíes²⁶.

En todo caso, en 1963 Marruecos aceptó, de momento, no llevar más lejos la presión sobre los asuntos de Ifni y Sáhara en la ONU, ni seguir azuzando en Ceuta y Melilla. Por fin se dejaban fuera de la relación los asuntos coloniales que la bloqueaban: algo parecido a lo que habían hecho España y Gran Bretaña años antes (Gibraltar como *box apart*) para facilitar el deshielo bilateral. Gracias a ello 1964 y 1965 fueron años de grandes esperanzas. Se multiplicaron las visitas de expertos técnicos y ministros (A. Ullastres, G. López Bravo, M. Fraga, J. Solís y F. Castiella) y se prepararon proyectos de reactivación comercial, colaboración industrial y financiera, formación profesional, pesca, televisión, turismo, enlaces marítimos, prospección minera, etc. Se puso en marcha el programa cultural de mayor volumen que España tenía con ningún país y, de cara al futuro, incluso se barajó la posibilidad de intentar emular a Francia formando a una parte de la élite marroquí. Era lo que se llamó la *nueva cooperación*, que se pensaba desarrollar sobre todo en el área del norte de Marruecos²⁷.

Sin embargo, en el problema de fondo, Sáhara, fueron años perdidos, porque Presidencia siguió sin querer oír las advertencias de Exteriores acerca de la conveniencia de cerrar cuanto antes el expediente de Ifni con Marruecos y aprovechar la vía ONU de la autodeterminación en Sáhara para salvaguardar los intereses españoles allí, siguiendo el modelo de Francia con Mauritania. Había que desarrollar, previamente, la economía saharauí con comunicaciones, urbanismo, puertos, servicios, educación: un verdadero *New Deal* sahariano, completado con una administración civil, para acabar con lo que era una mera ocupación militar. Sólo así se podría legitimar la presencia española y construir también una identidad nacional saharauí proespañola. La idea era hacer del Sáhara un Líbano del Occidente africano para que fuera aceptado como un estado tampón por todos, con facilidades de paso, zonas francas y vías de comunicación utilizables por los países vecinos: Mauritania, incluso Mali, Argelia (para dar salida de los minerales del Tinduf hacia Atlántico) y Marruecos (formando un trust de ventas de fosfatos)²⁸. La consecuencia

²⁶ R.PARDO: “El proceso de descolonización” en OREJA, M. y SÁNCHEZ MANTERO, R.: *Entre la Historia y la Memoria.. op.cit.* pp. 83-134; “Aznar a Castiella, 23-4-63” en AC 2066/3 (con la oferta de Hassan II vinculando Gibraltar con Ceuta y Melilla y ofreciendo seguridades para estas ciudades y Canarias a cambio de Sáhara); “Aznar a Castiella, 1-5-63” en AC 2078/1, “Castiella a Carrero, 28-7-64” en AC 2505/2 e “Ibáñez a Castiella, 1-10-64” en AC 2534/2.

²⁷ Vid. los despachos del embajador Eduardo Ibáñez a Castiella en AC 2378/5, 2380/6, 2403/6, 2422/4, 2485/4, 2498/2, 2499/1, 2504/2, 2510/9; 2514/8, 2520/38-44, 2567/3, 2585/1 y la correspondencia cruzada entre E.Ibáñez, F.M. Castiella y G.López Bravo, 30 marzo a 22 abril 1965 en AC 2717/3. Según E.Ibáñez, si no fructificaron muchos proyectos fue por el desinterés marroquí: entre otras razones porque la cooperación española no entraba en el esquema de los planificadores franceses que dirigían la política económica de Marruecos.

²⁸ “Cuyás a Castiella, 16-10-64”, en AC 2558/1.

directa del inmovilismo de Presidencia fueron las resoluciones de la ONU de 1965 y 1966 que reclamaban a España acelerar la descolonización de Ifni y Sáhara, en este caso, contando con Marruecos y Mauritania.

De todas formas, las relaciones bilaterales con Marruecos se agriaron definitivamente en 1966, cuando a raíz de las negociaciones del INI para la participación de capital internacional en la futura explotación de los fosfatos del Sáhara, el gobierno de Rabat paralizó los proyectos de cooperación españoles. Los problemas de Hassan II desde 1965 (disturbios de Casablanca en enero y crisis diplomática con Francia a raíz del secuestro de Ben Barka en octubre) no fueron tampoco ajenos a este cambio de política. A partir de entonces, Hassan II actuó con mucha más agilidad que la parte española: presionó en EEUU para bloquear la entrada de capital norteamericano en FosBucraa, emprendió una campaña de atracción sobre la población saharauí (propaganda político-religiosa para atraer saharauís desde Tarfaya, apoyo al Frente de Liberación del Sáhara, etc.)²⁹ y relanzó sus reivindicaciones territoriales desde la OUA y Naciones Unidas. La novedad fue su apoyo a la vía de la autodeterminación para Sáhara (desde finales de 1965) al objeto, en realidad, de forzar la negociación bilateral con España que zanjara la esperada cesión de ese territorio e Ifni³⁰. Este empujón a la descolonización del Sáhara perjudicaba a España porque, aunque a principios de 1966 Presidencia pareció aceptar la vía de la autodeterminación, su interpretación de la misma estaba muy lejos de los criterios de la ONU: la declaración de los chiuj (jefes de las tribus y pilares de la sociedad tradicional saharauí), promovida por el equipo de Carrero Blanco y ratificada por las asambleas tribales, que expresaba el deseo del pueblo saharauí de seguir “indisolublemente unido al Estado Español”, rayó en el ridículo cuando fue presentada en la Asamblea General³¹. Por otra parte, la administración Johnson actuó con prudencia: advirtió a los inversores potenciales en FosBucraa de los riesgos de la reclamación marroquí e intentó evitar cualquier participación gubernamental en el proyecto. Aunque en Washington preferían una explotación conjunta hispano-marroquí con capital norteamericano, optaron por no garantizar las inversiones privadas estadounidenses en el proyecto. El Subsecretario Ramón Sedó voló a EEUU para advertir al Departamento de Estado de que un apoyo a Marruecos en el dossier Sáhara llevaría a una revisión de la relación bilateral. Pero EEUU se abstuvo en la resolución que censuraba la política saharauí de Marruecos y defraudó las esperanzas españolas, porque en Madrid se pensaba que el

²⁹ “Ibáñez a Castiella, 10 y 25-1-67” en AC 3209/1, AC 3225/2 y AC 3249/5; “Mañueco a Castiella”, 25-1-67 en AC 3223/3, 28-2-67 en AC 3249/5 y 6-3-67 en AC 3255/2.

³⁰ En febrero de 1965, durante la entrevista Franco-Hassan II celebrada en Córdoba (La Arruzafa), la parte marroquí había vuelto a comprometerse a no internacionalizar los problemas comunes; aunque, a un tiempo, el gobierno de Rabat tratase de dar la imagen de que se estaba negociando bilateralmente con España. La ruptura de cualquier compromiso se escenificó en diciembre de 1965 al solicitar Marruecos en la ONU que España cumpliera la Resolución 1514 con la autodeterminación Sáhara y la devolución Ifni. “Castiella a Aznar, 4 y 25-11-65” en AC 2886/1 y 2906/6; “Ibáñez a Castiella, 30-11-65” en AC 2910/7 y “Nota de la Dirección (Mañueco), 14 y 16-12-65” en AC 2927/1 y 2 y 2924/5; “Piniés a Castiella, 12-1-66” en AC 2941/18.

³¹ Exteriores había intentado frustrar las extravagantes iniciativas de Carrero: AC 3038/1, 3034/1, 3147/9, 3153/9. Para la reacción diplomática en la ONU (con la oferta de la visita de una Comisión de Naciones Unidas a Sáhara), los despachos de Manuel Aznar en AC 3028/1, 3144/1, 3161/3, 3184/7 y 3202/2; más las instrucciones de Castiella en AC 3158/3 y 3163/1.

aventurerismo marroquí sólo podía ser frenado con una condena firme de EE.UU, Gran Bretaña y los países árabes³².

Entretanto, en los años 1963-66, el MAE diseñó una política de equilibrio en el Magreb que pervivió después de 1969. Para contrarrestar las iniciativas marroquíes, era menester cultivar las relaciones con Argelia y Mauritania, que no tenían prisa por que España saliera de Sáhara. Fomentar los lazos bilaterales con generosas políticas comerciales y de cooperación ayudaría a que estos países se mantuvieran firmes frente a Marruecos facilitando así la división del voto árabe en la ONU en el tema Sáhara. Con la Mauritania de Ould Daddah se llegó a una especie de pacto tácito, de caballeros (ningún acuerdo sobre Sáhara con Marruecos a espaldas de la otra parte) reforzado con cooperación: convenio comercial y de pagos, apertura del mercado canario, inversiones en pesca (cesión de barcos y construcción por el Instituto Nacional de Industria, INI, de un complejo industrial pesquero en Port Etienne) y en comunicaciones aéreas (ayuda técnica de Spantax) y marítimas (línea mensual con Canarias). En 1964 se firmaron los principales convenios; aunque la materialización de las ofertas españolas se retrasó mucho y la desconfianza mauritana respecto a la naturaleza de la relación hispano-marroquí llevó a Mauritania a salvaguardar sus intereses en Sáhara intensificando su reclamación del territorio en la ONU desde 1965. El viaje oficial de Castiella a Nuakchot en 1966 intentó compensar todas las deficiencias de la política española en Mauritania con un éxito sólo relativo³³.

Algo parecido sucedió con Argelia. Durante la etapa Ben Bella, la desconfianza ideológica presidió la actitud española, aunque ya se tantearon posibles convenios y operaciones comerciales, incluso se habló de un proyecto de gaseoducto directo a Francia por España (Mostaganem-Cartagena). Con el pragmático Huari Bumedian en el poder (desde junio de 1965) se negoció un sustancioso acuerdo entre Catalana de Gas (2500 mill m3 anuales de gas natural licuado durante 15 años) y la empresa pública Sonatrach (gas contra bienes de equipo españoles). Ligados a él, se estudiaron interesantes proyectos de cooperación industrial (barcos, conserveras, explotaciones mineras) y un acuerdo de pesca. Pero al frustrarse la compra de gas comprometida inicialmente, las otras operaciones quedaron en el aire. El problema residía en que el precio del gas argelino lo fijaba aún Francia a su conveniencia (a precios más altos que los del mercado mundial, que no afectaban a sus compras, realizadas en francos, no en divisas), lo que le permitía ser el único cliente. Argelia confiaba en Italia y España para romper esa dependencia, pero ambos países optaron por el gas libio, más barato. La única posibilidad hubiera sido que el estado español hubiese comprado el gas argelino contra productos industriales españoles y luego lo hubiera revendido a Catalana de Gas a un precio más próximo al del mercado internacional, pero el gobierno descartó esta alternativa³⁴.

³² “Merry a Castiella, 22 y 24-1-66” en AC 2952/31 y 2954/1; 15-2-66 en AC 2980/2; 11 y 28-4-66 en AC 3024/2 y 3037/; 31-5-66 en AC 3075/2; “D.Rusk a las embajadas, 24-12-65” en NARA RG59 Subject Files, 1964-66 box 2666; “R.H.Neuman to Mr.Root, 29-4-66”, “W.J.Stoessel to Rusk, 20-5-66” y “Memo of conversation, 27-9-66” en NARA RG 59 Lot Files 1.

³³ “Martín Alonso a Castiella, 23-1-63”, en AC 1968/10; “Castiella a Pradera, 5-4-63” en AC 2044/2 y “Castiella a Cuevas, 2-8-63” en AC 2153/1; “Cortina a Castiella, 2-8-63”, en AC 2154/4; “Drake a Castiella, 12-8-63” en AC 2162/1; “Castiella a Franco, 27-9-63”, en AC 2187/2; “Martín Alonso a Castiella, 14-11-63” en 2244/21. También AC 2340/27, AC 2569/3, AC 2801/2 y “Castiella a J.Sirvent (INI), 27-7-64” en 2502/4. El viaje de Castiella en AC 2661/11-13 y “Cuyás a Castiella, 17-3-66” en AC 3010/1.

³⁴ “Alcover a Castiella, 5-1-63” en AC 1942/1 y 2; más la correspondencia del embajador Los Arcos con el Ministro Castiella entre 1964-66, en particular AC 2505/7, AC 2526/16, AC 2538/5, AC 2740/3, AC 3036/5, AC 3144/8 y AC 3145/5. Sobre el asunto del gas: “Castiella a López Bravo, 17-11-65” en AC 2897/5; “Arcos

En consecuencia, no se logró cimentar la relación con Mauritania y Argelia sobre lazos económicos, a pesar del empeño del equipo de Castiella. No acompañaron ni Presidencia de Gobierno, ni el INI, ni los Ministros de Industria y Comercio, probablemente porque sus titulares habían tomado partido en la batalla de Carrero contra Castiella. En el caso mauritano la interferencia francesa también resultó un lastre, ya que París defendió abiertamente desde 1964 un arreglo entre Marruecos y Mauritania con el reparto del Sáhara en su base. Por otra parte, los apoyos de Mauritania y Argelia en el tema Sáhara, tenían sus limitaciones: por razones de imagen no podían hacer nada para retrasar el ritmo impuesto por Naciones Unidas, al que se resistió Presidencia. Además Argelia, que en principio planteó sus propias reivindicaciones sobre el territorio (1966), también como fórmula para frenar las ambiciones marroquíes, podía intentar una política de futura influencia en Sáhara. Y, por supuesto, la fragilidad última de esta política de balanza era que cualquier distensión entre los tres países enfrentados probablemente pasaría por un reparto del Sáhara. El equipo de Castiella era muy consciente de todos estos riesgos, pero lo único que pudo hacer fue exponer sus temores en reiterados informes a Franco para intentar mover la voluntad del gobierno³⁵.

En la política española hacia Oriente Medio hubo menos cambios. La amistad hispanoárabe rendía beneficios a las dos partes. De ahí la preocupación de Exteriores cuando otros departamentos (Comercio, Instituto Español de Moneda Extranjera, sindicatos, incluso el CSIC) establecían alegremente contactos con legaciones o asociaciones vinculadas a Israel, provocando la inmediata protesta de los embajadores árabes en Madrid. Castiella también intentó que se facilitase el terreno para la construcción de una mezquita en Madrid, como éstos habían solicitado repetidamente desde 1961, y los viajes oficiales de los Príncipes a la región se estrenaron en 1966, a Líbano, Jordania y la RAU³⁶.

En fin, España siguió respaldando en la ONU la aplicación de la Resolución 194 (1948) para el regreso de refugiados palestinos y envió como apoyo a zonas árabes necesitadas un donativo para los palestinos de 2 millones de dólares en aceite de oliva en 1964³⁷. También mantuvo sus servicios de intermediación, como en 1965, cuando a petición alemana la diplomacia española intentó evitar la ruptura de relaciones entre Egipto y la RFA. Había que contener una reacción similar de otros gobiernos árabes y el reconocimiento general de la RDA, equivalente a mayor influencia soviética en la región. La mediación pareció funcionar en principio, pero finalmente, tras la visita oficial del Presidente de la RDA Walter Ulbricht a Egipto, la RFA optó por reconocer a Israel. Aunque los dos países litigantes no rompieron relaciones, sí lo hicieron diez países de la Liga Árabe; Marruecos, Túnez y Libia fueron la excepción. España intentó influir (por

a Castiella, 10-2-66, 12 y 23-11-66” en AC 2974/11, AC 2979/6, AC 3176/10 y AC 3185/6; “Ulrich a Castiella, 13-10-66” en AC 3145/5.

³⁵“Cuyás a Castiella, 28-9-64, 20-10-64 y 10-2-65” en AC 2532/2, AC 2563/7 y AC 2661/11-13; “Ibáñez a Castiella”, 7-11-64 y 5-2-65 en AC 2576/2 y 2655/19 y “Mañueco a Castiella”, 20-1-65 y 1-7-65 en AC 2633/5, 2794/10 y 3308/11.

³⁶ “Castiella a Ullastres, 11-7-63” en 2140/1; AC 2490/2, AC 2500/7, AC 2573/4; “Castiella a Mayalde (alcalde de Madrid), 21-10-64” en 2553/6 y “A.Serna a Castiella, 1967” en AC 3287/2.

³⁷ “Nota informativa, 8-6-67” en 3323/1.

encargo norteamericano) para refrenar la reacción árabe y terminó haciéndose cargo de la representación de intereses de Jordania y Líbano en Bonn³⁸.

A su vez, los apoyos árabes mantuvieron su valor para las votaciones que afectaron a España. Con Nasser siguió funcionando esa especie de pacto tácito por el cual, si no había deslices en el tema de Israel, Egipto ejercía su influencia política a favor de España en los organismos internacionales. El comportamiento del resto de países de Medio Oriente fue similar excepto cuando las resoluciones tenían implicaciones para otros países árabes. Así, desde 1965 empezaron a recogerse votos árabes para el asunto de Gibraltar. Respecto a los temas de Guinea, Ifni y Sáhara, ningún país árabe votó contra las resoluciones descolonizadoras, pero hubo un cierto equilibrio de voto: por un lado los moderados (Arabia, Túnez, Jordania y Líbano) respaldaban a Marruecos; mientras que los “progresistas” árabes (RAU, Siria, Irak), junto con africanos e hispanoamericanos, ayudaban a Argelia y Mauritania e, indirectamente, a España. La posición de Nasser de neutralidad en el tema y de no modificar el statu quo de la zona resultaba fundamental³⁹. El problema radicaba en que este apoyo “progresista” sólo se podía retener con una política de real autonomía y preparación de la independencia que Presidencia vetaba.

Tampoco se atendieron las demandas de Nasser desde 1963-4 de incrementar el intercambio político, económico (asistencia en los planes de industrialización de la RAU) y cultural. Para compensar, a fines de 1965, se cursó a Nasser, por fin, la invitación a una visita oficial a España. En principio, el egipcio aceptó un viaje en la primavera de 1966, interesado como estaba en reactivar las relaciones bilaterales en todos los campos, máxime tras su tensión con Alemania. Sin embargo, la visita se frustró de nuevo: la llegada del rey Feysal de Arabia a Madrid y la paralización de conversaciones económicas bilaterales (por falta de licencias de exportación a cambio de compra de crudos y algodón egipcios) irritaron a Nasser, que recibió con frialdad al nuevo embajador, Angel Sagaz. No obstante, el relativo enfriamiento de las relaciones se había superado a finales de año tras la visita de los ministros españoles de Educación, Obras Públicas e Industria y la negociación de nuevos acuerdos (cultural y de cooperación científica-técnica con asistencia en el campo nuclear y aéreo, más la concesión de una línea El Cairo-Milán-Madrid) que debían culminar en 1967 con la definitiva visita de Nasser a Madrid⁴⁰.

El caso egipcio ejemplifica la situación de las relaciones hispano-árabes en los campos económico y cultural. Los embajadores (sobre todo los que no eran del equipo de Castiella) denunciaban en esos años que en muchos países del área estaba casi todo por hacer. Uno de ellos, Juan José Rovira, decía en 1964: “Nos hemos quedado parados en el Instituto Hispano-Árabe de Cultura, en el no reconocimiento de Israel y en las bellezas de Al-Andalus. Pero ¿no es el momento de empezar a pensar en una política nueva, original, ambiciosa con aquellos países utilizando lo anterior como plataforma?”⁴¹.

³⁸ Vid. correspondencia entre Castiella y los embajador Lojendio (El Cairo) y Erice (Bonn) en febrero de 1965: AC 2656/1 y 5, AC 2657/6, 2661/2, 2669/1, 2670/1, 2727/9 y 2733/10; Carlos SANZ DÍAZ: *España y la República Federal de Alemania, 1955-1966: Política, economía y emigración entre la Guerra Fría y la Distensión*. Madrid Tesis Doctoral Univ.Complutense, 2005, pp. 547-558.

³⁹ “Ibáñez a Castiella, 10-10-66” en AC 3146/3.

⁴⁰ “Lojendio a Castiella, 7-5-64” en AC 2420/11. También AC 2916/1, 3080/2, 3146/4 y 3183/6.

⁴¹ “J.J.Rovira a Castiella, 15-11-64” en AC 2589/4. En 1963-4 el embajador Manuel Valdés (falangista camisa vieja) también planteó la posibilidad de que el Régimen español pudiera ejercer influencia política sobre el nasserista a través de un Instituto de Cultura Árabe dotado de suficientes medios económicos; aunque

Los aislados éxitos económicos constituían verdaderas noticias de las que se informaba directamente a Franco: una empresa española que conseguía un pedido de postes telefónicos en Siria, la oferta de compra a ENSIDESA de canal de vía férrea desde Arabia, una pequeña concesión de petróleo en Kuwait o Libia, algunos barcos y partidas de camiones *Barreiros* vendidos a Egipto, algún proyecto de ingeniería para TECNIBERIA, etc. Muchas operaciones se perdían porque los productos españoles no eran competitivos, pero, en otros casos, influía la inexperiencia o la dejadez burocrática (la no concesión de licencias de exportación) y, sobre todo, la negativa de los ministerios económicos a asumir operaciones no rentables con fines políticos (por ejemplo la compra de vino a Túnez y, sobre todo, de gas a Argelia). Las exportaciones españolas en el conjunto de Oriente Medio no terminaron de despegar en estos años: representaron el 0,1% de las totales españolas en 1963, 0,2% en 1964, 0,4% en 1963 y, de nuevo 0,2 % en 1966, 0,5% en 1967, 0,7% en 1969 y 0,4% en 1970⁴².

Las relaciones culturales siguieron lastradas por sus limitaciones presupuestarias. Las becas y actividades del Instituto Hispano-Árabe de Cultura y sus filiales eran muy pobres, incluso en comparación con la oferta del Instituto de Cultura Hispánica. Cotejarlas con las de otros países seguía siendo penoso. En estados “conservadores” como Marruecos o Jordania, aún tenían cierta entidad, pero resultaban irrelevantes en los estados “progresistas” como Egipto o Argelia, básicos para los intereses internacionales españoles. Tal vez el temor de que pudieran infiltrarse “elementos subversivos” de esos países a través del intercambio cultural explicaría el desequilibrio señalado. En diciembre de 1966, el hombre de confianza de Castiella en el MAE, Ramón Sedó, confirmaba en el Departamento de Estado que la política española hacia los países árabes, de moderado éxito, era más intuitiva que racional: se procuraba mantener buenas relaciones bilaterales con todos ellos evitando entrar en sus problemas ideológicos y territoriales o respaldar aspiraciones de hegemonía, siempre con la relación de Marruecos como eje de coordenadas fundamental⁴³.

Una política árabe más independiente

Desde 1967, la política exterior de Castiella se volvió más asertiva. Varias razones lo explican: la dinámica reivindicativa y el fervor nacionalista que impuso el conflicto de Gibraltar, una cierta frustración e impaciencia por la lentitud del engarce con la Europa Comunitaria y, sobre todo, la conciencia de que la alianza con EEUU no estaba rindiendo frutos para los intereses nacionales españoles (ni en la CEE, ni con Marruecos, ni en Gibraltar, ni para la integración en la OTAN); también pudo influir como modelo la política exterior desarrollada por el general De Gaulle. Todo ello condujo al intento de renegociar fuerte con EEUU, a la confrontación con Gran Bretaña en la ONU, mientras se aceleraba la descolonización de Guinea y se modulaba el discurso diplomático hasta un tono casi

nunca se transitó esa opción: “M.Valdés a Castiella, 24-4-63, 2 y 13-5-63 en AC 2062/5, AC 2077/23 y AC 2089/21.

⁴² Vid. AC 2625/12, 2761/2, 3122/6; “Pruneda a Castiella, 16-6-65” en AC 2777/11; “Rovira a Castiella, 12-6-65” en 2779/6; “Rovira a Castiella, 5-1-65” en AC 2620/1; VIÑAS, A. et alii: *Política Comercial Exterior de España 1931-1975*. Madrid, Banco Exterior de España, 1979, vol. II, pp.1314 y 1336 y “*Comercio especial de importación y exportación por principales países*”. Instituto Nacional de Estadística. *Anuarios de 1961 y 1962, 1964 Yearbook, Anuarios de 1966 y 1969, 1972 Yearbook* en <http://www.ine.es>.

⁴³ “Vietnam and North Africa, 13-12-66” en NARA, RG 59, Lot Files 9.

neutralista, en busca de apoyos para un golpe definitivo en el asunto de Gibraltar desde Naciones Unidas.

En el contexto árabe, lo fundamental fueron las consecuencias de la Guerra de los Seis Días (junio de 1967), el subsiguiente declive de Nasser y el nuevo protagonismo internacional de Argelia, con su apoyo a los movimientos de liberación africanos y su intento de relanzar el Movimiento de los No Alineados para crear un frente unido de países en vías de desarrollo (Carta de Argel de octubre de 1967).

La ágil gestión del equipo de Castiella en la crisis árabe-israelí de 1967 resultó muy positiva para los intereses diplomáticos españoles. Desde principios de ese año se percibió que la tensión crecía por momentos en la zona y Nasser pospuso su viaje a España. Ya entonces el embajador en El Cairo, Angel Sagaz recomendó una declaración oficial garantizando que las bases norteamericanas en España no serían usadas para operaciones en Próximo Oriente, como luego hicieron Libia y Chipre. Esta propuesta respondía al disgusto causado por un viaje de Hassan II a EEUU en febrero de 1967, que motivó incluso una carta personal de Franco al Presidente Johnson advirtiendo de las consecuencias para las relaciones bilaterales de un respaldo norteamericano a la política agresiva de Rabat. La declaración sobre las bases se pospuso, pero se negoció una venta de armas (fusiles CETME) a Jordania (por valor de entre 3 y 6 millones de dólares) a través de Arabia Saudí: al parecer armas españolas habían llegado también a la OLP vía Egipto antes de 1967. Por último, a petición de Siria, se hizo una gestión ante Washington para advertir de la belicosa actitud de Israel poco antes de su ataque de junio⁴⁴.

Nada más estallar la guerra, España planteó en la ONU su preocupación por la protección de los Santos Lugares. Los embajadores árabes visitaron a Castiella pidiendo apoyo para la RAU, una condena a Israel y la proclama de que no se usarían las bases contra los países árabes. Esta última, finalmente, no se realizó, porque la conducta española en la crisis procuró ser amistosa hacia EEUU (había que renegociar los acuerdos en 1968), aunque la posición oficial fuera proárabe. Existía el temor de que EEUU solicitara la utilización de las bases para una operación de transporte de tropas, pero el 6 de junio el Departamento de Estado sólo pidió ayuda para la evacuación de emergencia de sus ciudadanos en países árabes (500 sólo en Egipto) y garantizó que no se había apoyado la acción militar israelí. El gobierno español aceptó dicha garantía, dio facilidades para la operación prevista y ejerció la protección de los intereses norteamericanos en la RAU de Nasser y, pronto, en Mauritania. A un tiempo, se permitió el paso de judíos residentes en Marruecos a Ceuta y Melilla y la embajada en El Cairo hizo posible la salida de muchos judíos encarcelados en Egipto. También se dieron órdenes expresas de que los representantes españoles en otros países árabes facilitasen protección y ayuda a judíos (sefarditas o no), en situación de peligro, de acuerdo con las autoridades locales. En fin, a través de las bases militares en España se procedió a la evacuación de miles de ciudadanos y personal norteamericanos residentes en los estados árabes, buena parte de los cuales habían roto relaciones con EEUU. Además la diplomacia española actuó como correa de transmisión entre EEUU y la RAU, Siria, Argelia y otros países árabes, donde procuró

⁴⁴ “Franco to Johnson, 30-1-67”, en L.B. Johnson Library, LBJL, (Austin, Texas), Special Head of State Correspondence F.51; “Rostow to Johnson, 2 y 14-2-67” y “Duke to Rusk, 7-2-67” en LBJL NSF CF Spain 204; “Visit of King Hassan of Morocco 9-10 February, 1, 4, 14-2-67” en LBJL NSF CF Morocco 95; “Merry a Castiella, 13 y 15-2-67” en AC 3240/1 y 4; “L.B. Johnson a Franco, 18-2-67” en AC 2343/10; “N.Aguirre a Castiella, 21-2-67” en AC 3244/3 y el informe de AC 3223/3; “A.Sagaz a Castiella”, 9-1-67 en 3209/8; sobre la venta de armas AC 3221/1 y AC 3306/3.

difundir que la posición norteamericana en el conflicto había sido neutral y que no se habían utilizado las bases españolas conjuntas a favor de Israel⁴⁵.

Exteriores jugó con habilidad. Había ayudado a EEUU, pero con una puesta en escena proárabe que volvía a presentar una España puente entre ese mundo y Occidente, con su política moderada, no ideológica, de amistad tradicional con los países árabes combinada con una actitud leal hacia Occidente. No obstante, apenas un mes después, se vio que ambas actitudes no terminaban de ser compatibles: España apoyó en Naciones Unidas las propuestas árabes en la cuestión palestina; incluso hizo campaña entre los países hispanoamericanos a petición árabe. También envió ayuda humanitaria urgente para Jordania y Siria (un cargamento que había sido preparado para Vietnam del Sur) y puso en marcha un programa de ayuda para los estudiantes árabes en España que hubieran quedado en situación precaria por el conflicto (en ese momento eran 1031 estudiantes, de ellos, 716 jordanos). Con la votación sobre Gibraltar en el trasfondo, el argumento era que los árabes no se sintieran abandonados por Occidente tras su derrota. Sin embargo, desde Washington no se entendió así y, para enfado de Castiella, en nota oficial, EEUU pidió a España que abandonara unas actividades que favorecían los intereses soviéticos. Al final, el gobierno español pudo votar con EEUU, pero también con Jordania y Egipto, la Resolución 242 de 22 de noviembre y recibió las felicitaciones de todas las partes: árabe, israelí (Comité judío-americano), de EEUU e incluso del Vaticano, por el apoyo español a la tesis de la internacionalización de los Santos Lugares que Roma había vuelto a poner sobre la mesa⁴⁶.

La crisis fue una nueva lección acerca de las constricciones impuestas por los acuerdos con EEUU a la diplomacia española. La superpotencia podía tratar con los países comunistas o proteger a aliados regionales de dudosa lealtad y estabilidad (Marruecos), pero España no podía permitirse desarrollar sus políticas regionales libremente, ni siquiera cuando servían al interés occidental. En cambio, de cara a la política árabe, los frutos fueron inmediatos: Hussein de Jordania y el tunecino Bourguiba pidieron viajar a Madrid, poco después lo solicitó el iraquí Aref; se recompusieron las relaciones económicas con Siria y, sobre todo con Egipto. Más relevante aún fue el masivo apoyo árabe en la exitosa votación de Gibraltar de aquel año 1967⁴⁷. Aunque es cierto que el discurso de Castiella contra las bases militares en el extranjero ante la Asamblea General, la celebración de la primera fase de la conferencia constitucional de Guinea y la nueva distensión con Marruecos sobre la base de la negociación para ceder Ifni también ayudaron.

En 1968 y 1969 hubo pocos cambios. Con Marruecos todo giró en torno al citado arreglo sobre Ifni. Marruecos quería rematar rápidamente esta cuestión con una reunión en la cumbre. España exigió como premisa suavizar los problemas bilaterales pendientes y una negociación concienzuda, al modo tradicional, con contrapartidas: un tratado de pesca y garantías para la población de Ifni. Se dejó pasar la Asamblea General de 1968 (para aprovechar la moderación de Marruecos ligada a la negociación de Ifni) y en enero de 1969 se firmó el acuerdo de retrocesión (Tratado de Fez), con un arreglo sobre pesca muy satisfactorio para España. Fue ratificado en junio con una entrevista Hassan II-Franco en

⁴⁵ “N. Aguirre a Castiella, 27-5-67” en AC 3313/3 y AC 3316/6, AC 3318/4, AC 3319/2 ; “Merry a Castiella, 17 y 18-5-67” en AC 3305/7 y “Castiella a Aznar, 16-6-67” en AC 3346/6; “U.S. Policy Assessment, 30-6-67” en NARA, RG59, 1967-69, P 2493; “D. Rusk a Castiella, 16-6-67” en AC 3335/3; “Instrucciones de Castiella, 21 y 24-6-67” en AC 3340/7 y AC 3345/5.

⁴⁶ Vid. AC 3332/10 y 15; “Castiella a Merry, 12-7-67” en AC 3362/4; “Merry a Castiella, 6, 10, 14 y 17-10-67” en AC 3397/4, AC 3399/6, AC 3402/6 y AC 3403/7.

⁴⁷ Vid. AC 3284/11 y 12, AC 2403/7 y AC 3535/3.

Sevilla y una nueva petición de participación española en el desarrollo económico del norte de Marruecos⁴⁸.

Sin embargo, en el enfrentamiento entre Castiella y Carrero sobre Sáhara, se impuso definitivamente el Almirante consagrando el inmovilismo como línea oficial. Así que se perdieron otros dos años, sin pasos hacia el autogobierno, ni atracción de los saharauis a partir de una rápida puesta en marcha de la explotación de fosfatos, ni referéndum ni visita de la misión de la ONU (aceptados en 1967), justo cuando comenzó a bullir un nacionalismo saharauí. Desde Exteriores, lo único que pudieron hacer fue pedir a Mauritania y Argelia que contrarrestasen las maniobras marroquíes respecto a Sáhara. Por otra parte, la decisión de no abrir la explotación de fosfatos de Sáhara al capital extranjero malogró la oportunidad de haber creado un grupo de presión internacional favorable a la influencia española sobre el territorio, como deseaba Exteriores; incluso pudo retrasar las obras por problemas de financiación⁴⁹.

También en los asuntos de Argelia y Mauritania triunfó el criterio comercial de López Bravo sobre el político de Castiella. No se hizo un último esfuerzo para estrechar lazos económicos duraderos con estos países. En el primer caso hubiera sido necesaria una operación de compra de gas argelino de envergadura (la visita oficial de Castiella a Argel en enero de 1969 no pudo compensarlo) y en el caso de Mauritania, más generosidad en el sector pesquero. Lo curioso fue que tres años después, con López Bravo como Ministro de Exteriores, sí firmó un acuerdo de gas⁵⁰.

En sus últimos meses al frente de Exteriores, Castiella no cejó de martillar a Franco con perturbadores informes acerca de los riesgos que se estaban corriendo. Máxime cuando a lo largo de 1969 (desde el tratado argelino-marroquí de Ifrán firmado en enero) se vio venir un próximo entendimiento entre Marruecos, Mauritania y Argelia⁵¹. Aunque éste no fue inmediato, los peores augurios entrevistados por el equipo de Castiella desde mediados de los sesenta se cumplieron pocos años después. De momento, en octubre de 1969, el tratado de pesca con Marruecos era ya letra muerta por el incumplimiento de Rabat⁵². Fue entonces cuando Castiella creyó haber conseguido el apoyo del Generalísimo para el plan de Exteriores de acelerar el proceso de autodeterminación saharauí⁵³: mera ilusión, puesto que antes de acabar ese mes iba a ser cesado y sustituido por un hombre de Carrero, precisamente su correo colega el Ministro de Industria.

Con los países de Oriente Medio prosiguió la buena sintonía. Todos ellos (incluso Sudán y Yemen donde España no tenía representantes diplomáticos) copatrocinaron el proyecto de lo que sería la Resolución 2429 sobre Gibraltar, aprobada en diciembre de 1968, que confirmaba las tesis españolas frente a las británicas, y también respaldaron la

⁴⁸ Vid. AC 3375/14, AC 3380/2, AC 3384/6, AC 3389/1, AC 3438/5, AC 3444/13-15 y AC 3457/1; AC 3526/4, AC 3598/1, AC 3606/3/, AC 3608/5, AC 3622/20, AC 3679/1 y AC 3665/1; “Ibáñez a Castiella”, 11 y 25-6-69” en AC 4801/1 y 2; “Mañueco a Castiella, 26-6-69” en AC 4816/3.

⁴⁹ Vid. AC 3258/6 y 3259/6; “Situación financiera de la Sociedad Fosfatos de Bu-Craa, 23-10-69 en 4857/1.

⁵⁰ “Castiella a López Bravo 2 y 6-3-67” en AC 3255/5, AC 3258/5 y AC 3266/2; “Los Arcos a Castiella, 30-1-68”, en AC 3479/3; “Castiella a Ministro de Comercio, noviembre 1968”, AC 3654/5; las relaciones con Argelia en los despachos del embajador de 1969: AC 3695/3, AC 3717/2, AC 3717/2, AC 4767/4, AC 4826/17, AC 4852/5 y AC 4859/4. También PORTILLO PUERTAS, Juan María: *El papel del gas natural en las relaciones hispano-argelinas*. Tesis Doctoral, Universidad Complutense, Madrid, 1998, pp.55-64.

⁵¹ “Cortina a Castiella, 8-4-69”, en AC 4757/1; AC 4838/1, AC 4839/1 y “Los Arcos a Castiella, 27-9-69” en AC 4841/1.

⁵² Vid. AC 4780/2 y 3.

⁵³ Testimonio de Marcelino Oreja a la autora (2006).

candidatura española para el Consejo de Seguridad conseguida por entonces. En 1969 la Liga Árabe insistió en tener una representación permanente en Madrid, privilegio sólo otorgado a India y que hubiese permitido al embajador español en El Cairo ser observador en las reuniones de la organización⁵⁴. Las relaciones políticas no podían ser más cálidas.

Conclusiones

Castiella perseveró en la política árabe de su antecesor, Alberto Martín Artajo. El contexto en que tuvo que desarrollar su política árabe no fue sencillo: el final del proceso descolonizador en el Magreb, la división entre monarquías conservadoras prooccidentales y regímenes inspirados en el nasserista (a veces rivales entre sí), más la cuestión palestino-israelí gravitando siempre. Durante su etapa en el MAE, se pueden trazar dos ámbitos de acción muy distintos: uno más conflictivo en el Magreb, organizado en torno a la compleja relación con Marruecos, y otro menos problemático con el resto de países árabes, que no experimentó grandes cambios porque siguió funcionando sobre el no reconocimiento de Israel. En este tema, la postura del Ministro fue inflexible: ningún acercamiento a Tel-Aviv.

El balance de su actuación proárabe fue positivo en términos político-diplomáticos: como dispositivo de contención de Marruecos, paliativo para sostener la vía descolonizadora lenta impuesta por Presidencia de Gobierno y como fuente de votos favorables en la ONU. Más discutible fue su capacidad para generar intereses comunes, culturales y económicos, con esos países y, sobre todo, para solventar el dossier de Sáhara.

En su descargo hay que señalar que el estado de la economía española de aquel tiempo no estaba a la altura de aspiraciones internacionales más ambiciosas. En parte, sin embargo, sus mayores dificultades tuvieron que ver con la división interna del gobierno y la oposición de Carrero y, tras él, de los ministros tecnócratas a sus proyectos diplomáticos, en particular al descolonizador. En todo su gestión marcó estilo en el Ministerio y, en adelante, la política árabe (después árabe-mediterránea) se convirtió en un vector indiscutible de la diplomacia española.

⁵⁴ “A. Sagaz a Castiella, 13-2-69” en AC 3715/2.